



Anuario del Centro de Estudios Humanísticos

HUMANITAS

2002

Edición 29

HUMANISMO ECUMÉNICO PLENARIO FRENTE A LA GLOBALIFOBIA Y A LA GLOBALIFILIA

Prof. Dr. Phil. Dr. Jur. Agustín Basave Fernández del Valle.
Presidente Honorario Vitalicio de la
Sociedad Mexicana de Filosofía,
Director del Centro de Estudios Humanísticos
de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Sumario: 1.- Humanismo Planetario a Escala Global; 2.- La Globalifobia y la Globalifilia; 3.- ¿Globalifóbicos o Neo-liberalifóbicos?; 4.- Una Tercera Vía: El Humanismo Ecuménico Planetario; 5.- Técnica y Sabiduría; 6.- Nuevos amos y Nuevos dioses; 7.- Poder Hegemónico y Terrorismo; 8.- Globalización de la Cultura: Bondades y Peligros.

1.- Humanismo Planetario a Escala Global

¿Qué es el Humanismo Ecuménico Planetario? ¿Cuál es su fundamento? ¿Cabe considerar al Humanismo Ecuménico Planetario como una tercera vía entre la globalifobia y la globalifilia? Pero el Humanismo Ecuménico Planetario nos insta a construir la civilización del amor ¿Qué es y cómo es la Civilización del Amor? ¿Cuáles son los pasos necesarios que los promotores de la Civilización del Amor deben dar? Dar respuesta a estas interrogantes es el objeto primordial de este estudio. Espero que resulte – además del valor teórico que pueda tener– constructivo, edificante.

Vivimos a escala global. El hecho –gústenos o no– es incontrovertible. Nuestras relaciones internacionales se realizan en contextos globales que provocan esperanzas y temores. Nuestras economías, con sus redes de empresas, están transnacionalizadas; la comunicación –tan intensa– se realiza en contextos globales; priva el neo-liberalismo como modelo económico dominante en la mayor parte de las naciones planetarias. Las economías y los regionalismos se abren a preocupaciones y políticas ecológicas, a interrelaciones entre universidades e instituciones de cultura superior. Por una parte, la globalización presenta corrientes más modernas de comunicación, producción, financiamiento, *marketing* y niveles tecnológicos. Por otra parte, hay miedo de perder identidades civilizatorias y culturales, soberanías nacionales que no se resignan a sucumbir ante poderes financieros y económicos fuera de legitimaciones normales. Ciertamente, ningún país quiere perder dinámicas desarrollistas. El neoliberalismo ha significado un reto económico y tecnológico, pero también una pérdida creciente de responsabilidades políticas y económicas. Resulta irritante que se presenten poderes sin legitimidad y legitimación. Ante esos poderes, los mexicanos podemos perder los legados constructivos de nuestra Revolución.

Claro está que no quisiéramos regresar a una historia ya superada por las tendencias internacionales y el mismo sistema internacional actual. Pero urge, que duda cabe, proyectar mundos más justos, más humanos, para todos en el futuro. La brecha entre pobres y ricos, entre países desarrollados y países subdesarrollados es patente. Sólo el humanismo ecuménico planetario puede brindarnos la visión de mundos futuros justos y adecuados para todos, la visión de una socio-síntesis pacífica y amistosa.

2.- La Globalifobia y la Globalifilia

Los globalifóbicos se rebelan contra una súper potencia hegemónica, con varios centros de poder. El triángulo Estados Unidos-Unión Europea-Asia-Pacífico opera incipientemente y constituye uno de los perfiles más probables en el próximo futuro. México no quiere ser empujado en direcciones deseadas y probablemente preferidas por norteamericanos o europeos. México, parte del mundo latino, es una nación clave en las relaciones continentales y —específicamente— latinoamericanas. México se niega a ser un país cerrado, insular; pero también se niega a ser arrastrado por globalifilias hegemónicas que sólo ofrecen una opción: el neoliberalismo. Los mexicanos hemos llegado a nuestra mayoría de edad y podemos dialogar en el escenario internacional, sin causar sospechas por espurias ambiciones territoriales o por imperialismos económicos. Está muy bien intercambiar experiencias y concretar metas e ideas comunes, proponer opciones, trabajar como intérpretes de intereses y sugerencias de varias partes del planeta. Los globalifóbicos han iniciado en Seattle, desde 1999, sus enfrentamientos virulentos, continuados en Niza, Praga, Québec, Davos, Gotenborg y Venecia. Grupos de muy diversa índole se han aglutinado en torno a la protesta: Los “Wombles”, los “Amigos de la Tierra”, los “Ya Basta” de España, el grupo francés “Attac”, los “Anti-Facist Action”. Todos protestan, algunos —acaso los más— con violencia. Y la verdad es, a todas luces, que toda violencia es un medio condenable. Lo que más molesta a los globalifóbicos son las injusticias del orden económico mundial. Las protestas han puesto de manifiesto, ante la opinión pública mundial, la necesidad de forjar un código de ética profesional para las grandes y poderosas corporaciones. El poder de las empresas transnacionales suele ser casi ilimitado, dentro y fuera de las respectivas naciones. La opinión pública mundial, las Cancillerías y los Parlamentos nacionales podrían tratar de reformar, en alguna manera, los organismos internacionales para transformarlos en agencias de un verdadero y justo desarrollo internacional. Es preciso reformar la arquitectura financiera internacional. Algunos analistas pugnan por la introducción de algún tipo de impuesto al capital. ¿Qué vamos a hacer con el orden económico mundial? Hay países débiles, subdesarrollados, a quienes no se les perdona la deuda ni se les ayuda en programas de desarrollo social y servicios básicos. En todo caso no hay que

cerrar los pocos canales de comunicación entre las instituciones internacionales y los globalifóbicos. El bien público internacional demanda transparencia en las reuniones de altos funcionarios, y no reuniones secretas y reuniones por video-conferencia. Con todos los defectos que pueda tener la globalización, cabe afirmar que los beneficios son mayores que los problemas siempre susceptibles de corrección.

La globalización ha truncado la autodeterminación de los pueblos, la opción por un solidarismo cristiano, por una democracia social más justa y humana. Se nos quiere imponer, a los países subdesarrollados —en materia industrial y económica— un modelo único, un sistema económico inmutable, una cosmovisión pragmatista, utilitaria, consumista. No podemos creer en una pretendida sociedad abierta, que tanto se pregona por los países súper desarrollados, cuando se nos pretende imponer una sola opción ideológica —sin respeto a la diversidad—, una estandarización que dentro de poco convertirá a nuestros semejantes en nuestros idénticos. Vasconcelos profetizaba una *raza cósmica* que era una síntesis de todas las razas, una fusión de todas las culturas, un mestizaje cultural, antes que racial que nos uniría a todos en una civilización más fraterna, más cálida, más humana y —si se me permite decirlo— más cercana a lo que ahora llamamos una *civilización del amor*. El globalismo es inevitable. Pero el globalismo puede ser un globalismo salvaje, que mutila sectores sociológicos disidentes, o un globalismo civilizado que respeta la síntesis, el sincretismo y el diálogo intercultural.

3.- Una tercera vía: El Humanismo Ecuménico Planetario

Porque andamos en pos del equilibrio entre la *globalifobia* y la *globalifilia*, nos atrevemos a proponer una tercera vía: el *Humanismo ecuménico planetario*. Antes de reformar el mundo globalizado, la “*aldea global*” —como le ha denominado Marshal McLuhan—, hay que emprender la reforma moral del hombre. De otra manera no podríamos arribar al *Humanismo ecuménico planetario*.

El mundo es hoy el universo humano. Ya no existen fronteras ni límites artificiales en ese universo del hombre. La tecnocracia nos hace sentir amenazados planetariamente. Pero viviendo a escala ecuménica cabe también un entendimiento universal. Todos los hombres han de sentirse próximos. Y de la proximidad nace la amistad. Amistad que está más allá de la camaradería, de la solidaridad de clase social, de raza o de actividad profesional. Sólo la amistad puede salvarnos en el plano de la convivencia social. Sólo ella puede preservarnos de ser destruidos. Porque el amor de amistad, que trasciende lo deleitable y lo útil, es incumbencia cordial y es ayuda recíproca en la empresa de vivir.

El "Humanismo planetario" de nuestros días pretende –común denominador– llevar a cabal cumplimiento todas las posibilidades y la dignidad de todo hombre. La integral y universal formación humana, a la que todos aspiramos, sólo puede realizarse en libertad, en democracia pluralista.

Unidad, verdad, bondad y belleza –propiedades del ente– deben resplandecer en la naturaleza humana considerada en su entidad. La unidad nos salva del desdoblamiento y la disgregación; la verdad nos conduce a la autenticidad; la bondad nos libera de los defectos y vicios; la belleza nos convierte en sujetos de complacencia. Todas las potencias de que el alma es susceptible tendrán que ser revestidas o investidas de todas las perfecciones habituales de que son capaces por naturaleza o por gratuita donación, para que la naturaleza humana, considerada en su esencia, adquiera un acabamiento. Y no olvidemos, tampoco, que la educación tiene por finalidad servir a la proyección social y trascendente de la persona humana, disponiéndonos al cumplimiento de la caridad, de la justicia, de la seguridad y del bien común.

El humanismo filosófico –objeto primordial de nuestro estudio– tiene su centro en el problema del hombre y de su naturaleza, de su origen, destino y puesto en el universo. Conocer el meollo del hombre, su profunda mismidad, sus poderes y sus limitaciones en el mundo que nos toca vivir, es el tema del nuevo humanismo.

Cabe hablar de un *humanismo cerrado* –que aprisiona al hombre en sí mismo– y de un *humanismo abierto* –que abre al hombre a la trascendencia, al Ser fundamental y fundamentante–, para mejor comprender la disyuntiva entre el inmanentismo y la apertura a la trascendencia. Los humanismos absolutos absolutizan unilateralmente alguna propiedad humana: La razón, la libertad o la materia. Sacrifican las restantes propiedades esenciales del hombre, su pluridimensionalidad, para quedarse en una postura unidimensional que conduce al antihumanismo. Podemos aceptar la parte afirmativa de estos humanismos, pero tenemos que rechazarlos por lo mucho que niegan en la totalidad del hombre. Y lo que nos importa es un humanismo integral que no sacrifica ninguna de nuestras facultades. En el *humanismo abierto* el hombre se eleva más arriba del universo, no excluye nada que sea humano, –por eso incluye la dimensión de la trascendencia o de la fundamentalidad de la existencia humana–, acrecienta el valor personal y procura el bien de todos.

Un humanismo abierto es una "visión del mundo", pero es también una construcción arquitectónica y operante del mundo. Estamos de acuerdo en

que más que contemplar al mundo hay que transformarlo. Pero esto no quiere decir que afirmemos la súper valorización de la "praxis" sobre la "theosis", ni de la acción sobre la contemplación. Porque acción que no es precedida de contemplación, es mera agitación de neurótico. Ante un mundo dominado por la pasión anti-intelectual y por los instintos infraracionales, afirmamos decididamente el valor del intelecto amoroso que postula nuestro lema comprometido: "*In amore sapere et in sapientia amor*". Sólo por esta vertiente nos libramos del cerco de la inmanencia y de la historia.

Cuando se da valor absoluto a lo relativo se cae en mitos, en ídolos que se suceden sobre los altares de la historia. El retorno a razones universales y eternas, la necesidad de una síntesis constructiva y comprensiva de la cultura moderna es requerida hoy por los más inteligentes y sinceros pensadores. ¿Cómo podemos tener, de otra manera, una sabiduría superior que sea fuente de unidad y de armonía? El formidable reto que nos lanza al saber contemporáneo –especializado y desintegrado– nos insta a la recomposición ideológica y a la reconstrucción del hombre integral. Es la difícil composición unitaria metafísica-ética-artística-política-científica-espiritual que recibe los valores esperados por el hombre como realizaciones perennes de verdad, bondad, justicia, belleza y paz. No ignoramos la masa de los hechos, de las ideas y de las cosas caducas que produce cada época histórica; pero consideramos posible la realización emergente de la actividad propedéutica de salvación.

En un humanismo integral y ecuménico debe existir un extenso y generoso reconocimiento de la validez, de la existencia humana y de sus expresiones culturales y políticas. Los exclusivismos son desastrosos en el campo ideológico y en el campo práctico. No podemos perseguir fuera de toda medida y equilibrio, un solo valor en mengua de los otros valores. Cuando entronizamos sólo la libertad o sólo la justicia; sólo el individuo aislado o sólo la comunidad transpersonal, caemos en un pavoroso caos. Todos los valores de la técnica, de la economía y de las ciencias deben entrar en el universal campo de esa sabiduría en donde verdad, bien, belleza y piedad se fundan y confundan.

El humanismo ecuménico integral es una síntesis personalista y comunitaria. El humanismo ecuménico integral organiza la cooperación entre los hombres, sobre el plano material, el plano ético y el plano intelectual. El bien común aportado se traduce en un bien común distribuido. Porque la persona es relativamente para la sociedad, pero la sociedad es absolutamente para la persona. La formación plenaria supone autoformación, autogobierno, disciplina externa y ayuda que viene de los otros hombres y del Ser Absoluto. El bien que hay que hacer y el mal que hay que evitar sirven como pautas para desarrollar los derechos positivos

como interpretaciones, determinaciones y evoluciones de las normas eternas y trascendentes que se reflejan en la conciencia sana y recta. La colaboración común conduce a la perfección común. El humanismo contemporáneo busca la unidad del hombre y de las cosas humanas, la unidad del pensamiento y de la acción, la unidad de la ciencia y de la virtud, la unidad de la interioridad y de la vida social, la unidad de la cultura y de la oración.

“Los tiempos en que la filosofía y ciencias naturales se obstaculizan mutuamente –advirtió Max Plank– se han desvanecido y deben ser olvidados para siempre”. El humanismo ecuménico integral que nosotros buscamos sólidamente con todos los hombres es un humanismo abierto con una dialéctica de integración y progreso para la humanización del mundo. La forma “*hominis*” universal tiene que hablarnos y resonar en nosotros como reactivación renovadora. Conociendo y sintiendo el *Humanismo ecuménico integral* seremos herederos activos, forjadores de un proceso de humanización que nunca concluye mientras haya vida humana sobre el planeta.

4.- Técnica y Sabiduría

Estamos –querámoslo o no– embarcados en el proceso de la industrialización y de la técnica. Nadie estaría dispuesto a renunciar a las conquistas y al confort que proporciona la actual tecnología. Conquistas técnicas que exhibe nuestra civilización en las gigantescas construcciones de acero y vidrio; en los grandes aviones supersónicos; en los submarinos que unen –por debajo de los casquetes de hielos eternos– Alaska con Suecia; en los cerebros electrónicos; en los diques; en las naves ínter espaciales; en la desintegración del átomo; en la elevación del estándar de vida; en la automatización confortable... Pero hay que proceder con cuidado. La marcha triunfal de la técnica no debe llevarnos a un optimismo divinizador de la técnica. Ese optimismo cae hecho añicos con las devastaciones bélicas, con las armas atómicas y bacteriológicas. Ni regalo del cielo ni arte diabólico. Instrumento humano utilizable para bien o para mal. Cooperación a la obra de Dios o medio destructivo. La libertad del hombre decide.

Toda esa serie de procedimientos prácticos científicamente fundamentados para proveer a las necesidades de confort, transporte, información, higiene, no existirían sin las fuentes de riqueza que el hombre pone a su servicio: Agricultura, ganadería, minería, industria. La técnica crea posibilidades y transforma el mundo para bien o para mal.

Podemos decir *sí* a la técnica y *no* al dominio del hombre por la técnica. *Sí* a la técnica que conserva y prolonga nuestra vida –alimentos, vestidos, viviendas, medicinas–, a la técnica que reduce las horas de trabajo, fortalece la convivencia y posibilita la propagación de la filosofía, de la ciencia y del arte. *No* a la tecnocracia que siembra muerte y desolación, a la tecnocracia que pone en juego la supervivencia biológica de todos los hombres.

La sabiduría o sapiencia no significa, tan sólo, un saber de considerable extensión, profundidad y elevación, sino un orden de vida centrado en Dios. A la sabiduría nos acercamos, purificándonos, por el dolor. Y nos acercamos, también, por la inocente alegría de la vida, por la difícil sencillez, por la confiada entrega, por la veneración del misterio. El sabio busca un bien cuya posesión sacie todo deseo y confiera la paz. No se trata de una simple búsqueda existencial. La sabiduría está profundamente interesada en el destino del hombre. El “*gnōti se auton*” socrático es tan sólo un fin intermedio. Me conozco a mí mismo para *saber lo que debo hacer para ser mejor*, y si es factible para *ser feliz*. La sabiduría escudriña el Principio de todo lo real y se abraza a Él.

El humanismo no es privativo de los “humanistas profesionales”. No se trata de un saber almendrado de citas griegas y latinas, sino de un estilo de vida, de una rúbrica personal que se stampa en las relaciones interindividuales y en las relaciones sociales. Un verdadero universitario es –no podría ser de otra manera– un verdadero humanista.

El estilo humanista –su sello, su personalidad, su tipo de comportamiento– estriba en el amor a la libertad, a la armonía y a la cultura. Amor a la propia libertad y amor a la libertad de los demás, aspiración a la proporción, a la medida, al buen gusto, a la exquisitez incluso. Cultura como conjunto de móviles esquemas ideales aptos para la intuición, el pensamiento y la valoración.

La esencia del humanismo consiste en la libre respuesta de la criatura humana al imperativo: Trata al otro como quisieras que te trataran a ti.

Los saberes se desgastan y se quedan más anticuados aún que las propias máquinas. Es precisa una educación que forme hombres de ciencia y no una simple instrucción que depara conocimientos de la época. Hay que enseñar a inventar o descubrir y enseñar a descubrir la verdad. Todo ello sobre la base de una antropología prospectiva y de una Universidad dinámica. Y por encima de la formación de hombres de ciencia hay que contribuir a la forja de hombres caritativos y sabios. Requerimos una autognosis constante. Inútil huir de sí mismo. “¿A dónde escapo –clama el santo y sabio Obispo de Hipona– que yo no me siguiese?” No resulta

factible la huida de Dios, porque vengo *de* y voy *hacia* Él. Por eso he denominado al hombre –ser fundamentado y teleológico– un *ente deiforme*, un *ser teofánico* y un *ser teotrópico*.

Sobran eruditos y faltan sabios. Hay poca gente feliz. Siento una profunda compasión por ese pequeño, admirable ser que vive y muere entre el asfalto y el humo, siempre atenazado por el reloj, molesto por enfermedades que produce la civilización, saturado de problemas, siempre a la búsqueda, pero generalmente frustrado antes de haber encontrado el amor.

Si ya no hay amistad, si ya el hombre no cuida del hombre, de nada sirve seguir construyendo grandes ciudades vacías de calor humano.

Hemos roto los naturales lazos vitales y hemos materializado nuestra existencia arrancándola de sus raíces. Nos olvidamos que la vida humana es un maravilloso misterio y la entregamos en holocausto para el altar del progreso material. Si la tierra pudiese llorar, lloraría por el destierro del hombre. Sentada en los escombros de nuestra civilización, la escuela aún es capaz, si se decide, a poner luz de sabiduría en nuestro corazón y amor de los hombres por los hombres.

En nuestra sociedad contemporánea, la solidaridad de raíz cristiana se va secando. Los ojos del hombre medio de nuestros días se vuelven hacia la autorrealización narcisista, hacia la posesión, hacia la irresponsabilidad. Se pretende justificar con las vanas razones culturales de atraso y subdesarrollo, el espectáculo de las grandes mayorías pobres y oprimidas que contemplamos impávidos, como si fuese un fenómeno natural. Es preciso construir una sociedad verdaderamente humana, donde resplandezca la libertad, la justicia, la solidaridad y la recta razón. No basta palear el desempleo y la inflación, necesitamos una mayor justicia y solidaridad humana con los pobres del mundo, de todo el mundo.

Desde la perspectiva de un *Humanismo Ecuménico Planetario* –de raíz occidental y cristiana– requerimos una ética solidaria, una cultura de la austeridad. La cultura de la moderación en el consumo, al servicio de una mayor humanización, suprimirá el rostro insolidario e injusto de la sociedad contemporánea. El consumismo desaforado, pletórico de fiestas, campañas publicitarias, grandes almacenes, rebajas, presenta un contraste insultante con este mundo que alberga millones y millones de pobres miserables. Una sociedad menos consumista, más justa y humana, constituye una magna empresa universalista. No podemos reposar en el pluralismo, el fragmentarismo, y el nihilismo de la época posmodernista. Tampoco en la autodefensa conservadora y neo-conservadora del sistema y de las instituciones que chocan contra un Humanismo ecuménico y planetario que

no es ajeno a la verdadera libertad, a la auténtica solidaridad, al mundo justo que suprime los costos de la insolidaridad y de las soledades patológicas en el supermercado consumista. Basta de recitales del postmodernismo que todo lo vuelve relato, grande o pequeño, sin garantías de objetividad y visos de verdad. La desorientación ética y valorativa se ha ido generalizando. La relativización, productora de escepticismo, resulta incapaz de asumir el compromiso. Hay que liberar al hombre de hoy de la anorexia espiritual, de la cansada y abúlica cultura postmoderna. Es tarea de los hombres de buena voluntad –por cierto muy noble– crear espacios libres donde las personas se sientan verdaderamente próximas, semejantes, solidarias.

Acaso mi tesis de una educación para el amor parezca extraña, fuera de lugar. Pero no es así. Si el hombre necesita el amor para hacerse hombre, ¿por qué la Universidad no habría de enseñarnos de qué podríamos y debiéramos estar enamorados? ¿Quiénes son, en definitiva, los que trazan los grandes hitos de la historia: Los mediocres o los amantes de la sabiduría, de la ciencia, de las artes, del arte, de la patria y de la humanidad?

Aunque el amor es sumamente difícil de definir, porque no es algo que se tiene sino una manera de ser, ocúrreseme proponer la siguiente definición:

“El amor es un afecto vivo, benevolente y promocional del hombre, que se profesa a Dios y al ser humano.”

La muerte del amor petrifica los corazones. La leña seca del sistema cordial, en uno que odia, sólo sirve para arder. El desamparo espiritual no puede ser más lacerante. El que endiosa a una criatura no llega a una verdadera solidaridad con los demás. Lo más probable es que concluya en un egoísta enamoramiento de sí mismo, obstaculizando el amor desinteresado con los prójimos. La destrucción de los ídolos es siempre saludable. Significa, las más de las veces, un primer paso hacia el Ser Absoluto. El Estado, el arte, la ciencia, la mujer, el dinero, la voluntad del poder, son bienes finitos que no pueden ponerse en lugar de Dios.

Somos llamados por el amor. Entre yo mismo y la totalidad de cuanto hay en el ámbito finito oscilo en tensión viviente. Entre lo actual y lo proyectado vivimos desviviéndonos. Pero en esa rajadura de la existencia sorprendemos un impulso al infinito.

5.- Nuevos amos y Nuevos dioses

La civilización global y única que se extiende sobre nuestro planeta, por primera vez, ha forjado nuevos amos y nuevos dioses. Un modelo universal predominante se enseorea de cada una de las partes del planeta. Este

modelo capitalista salvaje, neo-liberal, tiene una presencia ubicua, fragiliza las fronteras y relativiza las soberanías nacionales. Somos habitantes posibles, por los medios masivos de comunicación, de todas las aldeas del mundo. La creciente comunicación e interdependencia entre países y empresas, deslíen la importancia de los Estados nacionales.

A fines del siglo XV se inició la mundialización, esto es, la configuración de la era planetaria. Al descubrir y conquistar América se descubre la tierra como planeta. Se derrumba la concepción tolemaica y emerge la Revolución copernicana junto con la occidentalización del mundo y el provisorio desarrollo del imperialismo eurocéntrico. De ese imperialismo europeo se transita hacia el imperialismo norteamericano y, más aún, al imperio de las redes financieras mundiales, de las *multinacionales* y de los grandes inversores. Se ha hablado de un nuevo imperialismo sin emperador. Las economías nacionales han mostrado su fragilidad y vulnerabilidad. Los sindicatos han perdido su fuerza para defender los intereses del mercado en un mundo dramático para una inmensa mayoría de globalizados, explotados, resignados, cansados...

Las nuevas tecnologías de la comunicación y de la información, los intercambios a escala mundial y la sobre información creciente caracterizan el fenómeno histórico del proceso asimétrico de la globalización. La globalización ha sido, hasta ahora, neo-liberalista, pero podría ser –y esto es importante– de otra manera, si se corrigiesen las aberraciones del neo-liberalismo como capitalismo salvaje. El capital es necesario, y siempre lo habrá, pero el capitalismo salvaje es antihumano y no debiera de existir. El neo-liberalismo postula la libertad absoluta del mercado –libre circulación de bienes, servicios y capitales, inversiones directas, transacciones financieras fuera de control– como panacea que resolvería los males socio-políticos y económicos. Postula, también, la primacía de los intereses económicos y empresariales –la rentabilidad como criterio de actuación– sobre las necesidades de las personas, sobre la justicia social y sobre las exigencias del bien público temporal. En esa sociedad neo-liberal deshumanizada, importa producir con eficacia para que las empresas sean más rentables, consumir como si fuésemos burgueses opulentos que dinamizan el mercado, y tasar el costo de la ayuda social y de los servicios sociales. Esa ideología de la globalización asimétrica, está promovida por el Fondo Monetario Internacional, por el Banco Mundial y por la Información Mercantil y los Servicios para el Desarrollo (“*Business Information and Development Services -BIDS-*”). La sacralización del “*free market*” ha suscitado un nuevo fenómeno de pseudo-adoración. Se habla de las leyes económicas como si fuesen leyes inexorables, intangibles, confundiéndolas –grave error epistemológico– con las leyes naturales. El capital puede circular libremente en todos los países, casi sin control político de los gobiernos y sin control

monetario de los bancos centrales. El manejo financiero, la dirección gerencial de las grandes empresas apátridas, producen una inmensa rentabilidad y una baja de salarios reales que vulnera los derechos sociales. Los capitales “golondrinos” van a donde quieren y no pagan o pagan muy pocos impuestos. No se puede hablar, en rigor, de una economía mundial, sino de redes financieras mundiales que se sirven de tecnologías informáticas para llegar a una economía de símbolos en lugar de una economía de productos. Miles de transacciones invisibles pasan como proezas especulativas de los “genios financieros”. El capital emigra de un lugar a otro, al margen de las mercancías, mientras el dinero insta la hegemonía del capital financiero internacional. A pesar de la abundancia de recursos financieros, los países subdesarrollados se estancan en su subdesarrollo, mientras prolifera la corrupción política y social. Se ha dicho que las *multinacionales* son los “verdaderos amos del mundo” que van a donde quieren y a donde pueden ganar más. Los escrúpulos éticos, políticos y económicos quedan abolidos. Los desequilibrios sociales y los dramas humanos no interesan a las *multinacionales* que piensan en términos de “masa salarial” y “capital variable” (trabajadores). Los beneficios sólo se reclutan para un privilegiado tercio de la población mundial. Las dos terceras partes del mundo quedan excluidas o marginadas de estos enormes beneficios. Los gobiernos viven pendientes de las bolsas y mercados financieros –*parte meteorológico*– que se dan a diversas horas de la mañana en los noticieros y telediarios de todas las televisiones existentes en el mundo. Mientras los mercados se liberalizan, las condiciones liberales de los trabajadores son cada vez más precarias. Las *multinacionales* buscan obreros que trabajen más tiempo, con salarios más baratos y con actitud sumisa. Prohibidas las protestas. Las crisis bursátiles que afectan a un país determinado, afectan al resto del mundo. La interdependencia creciente a escala mundial corre pareja con el descenso de la cantidad de trabajadores agremiados que registra el último informe de la OIT (Organización Internacional del Trabajo). Francia, para poner un sólo ejemplo, es el país con menor porcentaje de trabajadores afiliados a un sindicato. Apenas si un 9,1% del total gozan de las ventajas de la sindicalización. Consecuencia: En nombre de la competitividad se derrumban los derechos sociales de los ciudadanos para correr la *orgia liberal* bajo el estilo darwinista. Ante este “*sálvese quien pueda*”, las clases pobres, menesterosas, desprotegidas –que son millones y millones de personas–, ya no saben ni donde guarecerse. Si antes se habló de la *adoración del Estado* (Ludwig von Mises), ahora se habla de la *adoración del mercado*. ¿Qué promete el *dios mercado* a sus adoradores? Promete riqueza, poder, *confort*, hedonismo. Los neo-liberales aducen verdades parciales: 1.- La libertad de mercado incrementa la productividad y hace más competitivas a las empresas; 2.- Aumenta la tasa de crecimiento y genera las libertades económicas con la consolidación de las democracias. Pero nada nos dice de que el pastel se reparte tan sólo entre

las *multinacionales* y que la libertad produce el libertinaje para morir de hambre. La concentración de la riqueza y las enormes desigualdades sociales resultan lacerantes: el 20% de la población mundial más rica consume 150 veces más que el 80% de la población más pobre y miserable. Sólo el 20% de la población mundial controla y consume el 80% de los recursos naturales. Más de 25 millones de seres humanos mueren cada año como consecuencia del hambre y de la desnutrición. Mientras tanto las burbujas de opulencia flotan para deleite de los riquísimos consumidores que mueren de aburrimiento. Y algo más triste aún: en esa sociedad construida sobre una *moral de rapiña* se pretende fundar la existencia humana: “*monetarización y mercantilización de la vida humana*”. Mucha riqueza en beneficio de una minoría; inmensa pobreza, con irritantes carencias, para la gran mayoría de la población. El Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial son, en buena parte, responsables de esta situación. Desigualdad de ingresos, destrucción de valores, destrucción de la cultura. Todo ello en una pretendida sociedad abierta y democrática que ha consagrado una *quinta libertad*: “*La libertad de explotar*” (Noam Chomsky).

A la aguda inteligencia de Max Weber no podía escapársele este fenómeno socio-económico que describe con luminosas palabras: “*cuando el mercado se abandona a su propia legalidad no repara más que en la cosa, no en la persona, no conoce ninguna obligación de fraternidad ni de piedad, ninguna de las relaciones humanas propias de las comunidades de carácter personal. Todas ellas son obstáculos para el libre desarrollo de la mera comunidad de mercado*”... en las inversiones necesarias para el crecimiento de la economía —que es lo que importa al capitalismo salvaje—, los pobres son un lastre, una carga, un elemento perturbador. No se piensa en términos de semejantes, de próximos, de hermanos, de compatriotas, de ciudadanos. Cuando se pierde el sentido de solidaridad humana y cristiana, ya no puede haber un trato digno. Todo es cuestión de competencia, de libre mercado, de hegemonía de redes financieras.

Desde que surge la globalización impulsada por las tecnologías de la comunicación, la informática y la multipolarización de sistemas productivos, los intercambios, laceran y nulifican en buena parte las soberanías nacionales, la política de los gobiernos. Toda soberanía implica un poder de mando supremo “*in suo ordine*”; pero ese poder de mando supremo o última instancia no puede dominar las *multinacionales*, las redes financieras y los mercados de la bolsa. Los gobiernos parece que mandan en los asuntos económicos, pero en realidad no mandan sino que se constituyen en espejismos de poder. Se sigue hablando como si los Estados fuesen verdaderamente soberanos, independientes y autárquicos pero la realidad es que el control se les ha ido a los Estados y ha caído en manos de las

multinacionales que dejan sentir su influencia en la política y en los políticos. En las cuentas nacionales están metiéndose, en alguna forma, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Los altos funcionarios se adhieren a estas poderosas instituciones para flexibilizar contratos, eliminar fronteras, privatizar “a mansalva” y liquidar trabajadores. La impotencia de los Estados nacionales ante el poder de las empresas multinacionales resulta patente. Se estrechan los márgenes de decisión política y se debilita el concepto del Estado-Nación que sólo gestiona, pero no gobierna; gobierna el mercado. Económicamente las fronteras están desdibujadas. Las crisis mundiales se discuten, por los mandatarios, en Washington. El poder real no está en el gobierno sino en *el dinero*, la *divinidad visible*, la gran meretriz universal. El dinero —“*estercolero del diablo*” como le llamó Giovanni Papini—, hace lo blanco negro y lo negro blanco; lo justo lo hace injusto y lo injusto lo hace justo; feo lo hermoso y hermoso lo feo; noble lo ruin y ruin lo noble. Todo lo puede hacer o cree poderlo hacer acaparando poder y almacenando ventajas en la “*rebatiña de prebendas*”. Cuando la religión universal es el dinero irrumpe la corrupción —latente en la naturaleza humana— y se instaura en el corazón del sistema.

6.- Poder Hegemónico y Terrorismo

Hoy en día no existe ya el mundo bipolar (Estados Unidos-Unión Soviética), sino un policentrismo que parece apuntar a tres ejes primordiales: Estados Unidos, Unión Europea, Japón y “los tigres del Oriente”. Pero la gran hegemonía la retiene una sola potencia económica, tecnológica y militar: Los Estados Unidos.

Si en el siglo XX se cometió el mayor número de genocidios, en el siglo XXI el terrorismo que acaba de instaurarse al derribar las torres gemelas del “World Trade Center” y buena parte del Pentágono de Washington, daña gravemente la economía de todos los países a escala mundial y nos mantiene en vilo ante ataques sorpresivos y enemigos ocultos. Se desatan las xenofobias y se aplica la abominable y abyecta “*limpieza étnica*” (Yugoslavia, Países Africanos, Le Pen). Por una parte, la globalización incita a la integración —bloques regionales como Merco Sur, Unidad Africana, Unión Europea, Asociación de Naciones del Sudeste Asiático—, y por la otra surge la fragmentación. Los procesos de fragmentación de la Unión Soviética y de Yugoslavia, las desmembraciones de Checoslovaquia y de Etiopía bastarían para mostrar esta tendencia centrípeta que ha surgido recientemente en la historia. En el interior de España, el País Vasco y Cataluña pretenden desmembrarse; otro tanto acaece con la Isla de Córcega en Francia y con Québec en Canadá. En México, el tribalismo de las diferentes etnias de Chiapas demanda sociedades o pequeñas naciones autónomas por fidelidad a la propia condición étnica, lingüística y cultural.

Está muy bien que se respeten los derechos culturales de las minorías; pero está muy mal que se rompa la unidad nacional con etnias que pretenden tener sus propios gobiernos y que instaurarían “*de facto*” una balcanización de México con todas las etnias que tenemos. ¿Hasta donde llegará la fragmentación y afirmación de nacionalidades que se disgregan? Es posible que a mitad del siglo XXI existan más de mil nacionalidades que complicarán, aún más, el panorama mundial de la globalización.

En nuestro tiempo también se dejan sentir los chauvinismos xenófobos de Le Pen en Francia que rechaza a los emigrantes y a los refugiados como si fuesen bestias asquerosas; este tipo de racismo puede llevar a las actitudes criminales como las que encarna Karachi. No olvidemos que esos nacionalismos xenófobos, como los profesados por Le Pen en Francia, pueden conducir a las tentaciones de purificación contra las olas de emigrantes y de refugiados. Es hora de poner coto a los grupos intolerantes que rechazan la alteridad en aras de un *chauvinismo demencial*. Es preciso guarecernos contra la *militarización mental* que conduce a la violencia como forma de solucionar el terrorismo y los problemas políticos. El terrorismo no se acaba con las armas, con la derrota de los talibanes en Afganistán, sino combatiendo las causas que han propiciado el terrorismo: la explotación, la fijación de precios a países monocultivadores, las intervenciones políticas unilaterales en gobiernos extranjeros. El mundo y la política se pueden entender de dos modos: la política del conflicto en el mundo de desigualdad o el mundo de la igualdad y la política de cooperación. Si realmente los pueblos se empeñaran en un solidarismo de inspiración cristiana con una política de cooperación, llegaríamos a una socio-síntesis pacífica y amistosa aunque tendría que cambiar el sistema internacional y organizar una política nueva a escala mundial. La globalización nos pide una nueva agenda.

Hoy en día –lo sabemos muy bien– ningún acontecimiento, proceso o acción significativa quedan circunscritos al área geográfica en que han tenido origen. Todo repercute en todos para bien o para mal. Este proceso evolutivo de larga duración, afecta en forma desigual a todas las zonas del mundo. El Estado, experiencia de siglos, tiene que redimensionarse en un mundo global. “El Estado se ha redimensionado a favor de otros objetos colectivos –advierte Fulvio Attinà–, que restringen su capacidad de imponer reglas a los propios ciudadanos y de aplicar políticas públicas independientes: estos sujetos son tanto asociaciones privadas –grupos organizados, empresas económicas, Iglesias– como asociaciones de estados y entes públicos, organizaciones internacionales y asociaciones de organismos gubernamentales y de aparatos administrativos públicos.”¹ ¿Cuál es el Estado que tiene la exclusividad del gobierno de un territorio y puede controlar las fronteras y dominar a sus habitantes? Ningún Estado puede controlar las fuerzas de las redes financieras internacionales, los

grupos organizados mundialmente y las Iglesias. Por eso ya casi no se habla de política exterior. Todo se ha tornado global. Los Estados interactúan y se redimensionan con la concurrencia de otros “gobiernos” no estatales. Existe una gran dificultad para fijar las relaciones y establecer las reglas políticas sobre los bienes y las necesidades individuales y colectivas en un mundo global que cambia de la noche a la mañana sin previo consentimiento de los globalizados. Empieza a hablarse de una política del sistema global y se abandonan las viejas palabras de la ciencia de la política internacional. A la política interestatal sucede ahora la política global. ¿Quién y cómo hace la política del sistema global? ¿Cuáles son las instituciones y mediante qué procesos se instaura esa nueva política? ¿Qué legitimidad presentan las instituciones que optan y eligen entre políticas públicas? ¿Cuál es el papel de tantos sujetos pasivos de esas opciones que se realizan, sin legitimación alguna, a escala mundial? Vaya esta bandada de interrogaciones para advertir la complejidad del estudio de la ciencia política del sistema global.

7.- Globalización de la Cultura: Bondades y Peligros

En el ámbito de la cultura se ha producido una ambivalencia del proceso de globalización cultural, una transnacionalización de la cultura y un arquetipo del modo de ser en el mundo. El paradigma de lo deseable incide en el tipo burgués clásico, con derrumbes de utopías y crisis de ideologías. Encontramos, por una parte, la homogeneización y estandarización cultural que conduce, si las naciones no toman medidas, a la pérdida de la identidad cultural. Es fácil advertir las reacciones y resistencias que provocan la subyugación uniformizadora de los grupos mundiales más fuertes. El anhelo de cada nación, de cada cultura, es el de poder seguir siendo uno mismo; esa dañina homogeneización de la cultura y esa estandarización cultural de la globalización explican la génesis de fundamentalismos ortodoxos de milenarismos fanáticos y de sectarismos intolerantes y facciosos. Por otra parte, se pueden advertir –gran esperanza de la humanidad contemporánea– la interpenetración de las culturas, los encuentros y los cruzamientos fertilizantes, las nuevas síntesis culturales, aunque todavía no hayamos llegado a una socio-síntesis universal, pacífica y amorosa. Si todas las culturas del mundo son mestizas, ¿por qué nos vamos a oponer al mestizaje cultural? El proceso es irreversible y deseable en cuanto a fenómeno de verdadera universalización de los humanos en el planeta. Ese dato ontológico de ser-todos-juntos-en-el-mundo tiene mucho que decir en esta hora crispada por prejuicios raciales, por fundamentalismos religiosos, por milenarismos fanáticos. Todos somos hermanos porque todos somos hijos de un solo Padre y porque todos tenemos una misma procedencia y estamos llamados a un destino eviterno. Si el hombre no es pura materia, sino también espíritu, no todo concluye con la muerte, con el paso por este mundo. Nacimos para algo más que para dar con nuestros huesos en una

tumba. El humanismo ecuménico planetario no puede ignorar la dimensión trascendente del ser humano, el núcleo inmortal de los espíritus personales. Del “*status viatoris*” pasamos al “*status comprensoris*”.

Una filosofía verdadera, una cosmovisión completa, no pueden limitar todo al simple transcurso de los sucesos históricos y de los hechos que acaecen en la tierra. Un puro horizontalismo de la globalifilia o de la globalifobia carece de una perspectiva escatológica y no da cabal satisfacción al afán de plenitud subsistencial que hay en cada ser humano que puebla el planeta. ¿Para qué o para quién puede estar hecho estas visiones globalifílicas, globalifóbicas o mundialistas, si no es para un ente hambriento de eternidad y del Ser Absoluto?

La globalización de la cultura se ha logrado por los medios masivos de comunicación, que han impulsado la transnacionalización a través de la teleparticipación planetaria, de la publicidad y propaganda de productos que llevan un estilo de vida, de autopistas electrónicas de información (Internet, “Modem” y un número de teléfono), y del cine. La *American Way of Life* divulgada y conocida a escala mundial por los medios masivos de comunicación, se presenta seductoramente con escenarios hollywoodenses. No se trata de imposiciones sino de penetraciones sutiles que transmiten valores y desvalores. El comercio internacional y la publicidad exportan, con sus productos, ciertas preferencias, ciertos valores. Poco a poco se va acentuando la interculturalidad con el mestizaje cultural. La interculturalidad va ampliándose por intercambio y cruzamiento –a veces asincrónico– hasta llegar a un carácter planetario. Y está muy bien que exista el mestizaje cultural, pero sin deteriorar la identidad cultural de los diversos grupos que pueblan este planeta. Se dispone de una cantidad impresionante de información y de conocimientos en las autopistas electrónicas, pero se carece de sentido crítico. De este modo no podrá darse una verdadera elevación cultural hacia las más altas manifestaciones del espíritu. Culturas distintas, integradas o sintetizadas, van formando un folklore planetario. Lo grave es que nos estamos quedando en la “*sociedad del espectáculo*”. Todo es cuestión de actores y actrices, de *playboys* y de nobles, de deportistas y locutores... Mientras la televisión y las revistas entretienen con chismes y programas anodinos, la vida cotidiana se va empobreciendo hasta el grado de poderse hablar de un tiempo, como el nuestro, de lastimosa indigencia espiritual.

No es justo atribuir toda la culpa de la vanalización actual de la sociedad y la cultura *light* al proceso de “norteamericanización” del estilo de vida. ¿Acaso no hay cosas valiosas en la cultura y en la vida de los norteamericanos? Además, los valores de los dominadores se imponen en la mente de los dominados hasta donde estos quieran aceptarlos. Me parece

frívolo hablar de la globalización en lo cultural como un proceso de *McDonalization* del nuevo orden mundial. En México no hemos perdido nuestro idioma, nuestra religión, nuestras costumbres y nuestro modo de ser mexicanos, aunque se destinen muchos dólares para la propaganda de la religión protestante y de las empresas norteamericanas transnacionales.

Aunque el capitalismo sea un modo de producción, genera también – como apuntó Max Weber– un modo de vida, un “modo de ser en el mundo”, con un sistema axiológico que subyace en la globalización neo-liberal. Esta globalización del neo-liberalismo es la causante principal del “*modo burgués de ser en el mundo*”. ¿En qué consiste este modo de estar en la vida? Buscar la seguridad individual a todo trance, vivir conforme con los valores de la sociedad de consumo, endiosar el dinero, el consumo, el *confort*, y el *status* social. Son objetivos terminales, medida de todas las cosas y personas. Hoy en día, los jóvenes de las más diversas latitudes, en su inmensa mayoría, sólo les importa “trabajar duro y hacerse millonarios”. Al hacerse millonarios adquieren un *status* de alta estima en la sociedad burguesa. El *homo consumens* se olvida del fin último de la existencia. Sólo cuenta producir y consumir. Es triste ver ciudadanos sumisos, resignados, impotentes ante un estilo de vida que conduce a un *darwinismo social*. El grito, no siempre articulado de la sociedad actual, pero implícito siempre cuando no se expresa, es el de “sálvese quien pueda”. Escasea la solidaridad cristiana, el cuidado del hombre por el hombre, la ayuda desinteresada, la *charitas*, reinando en la sociedad. Cada quien busca su propia conveniencia, su propia ventaja, sin importarle la conveniencia y la ventaja de los otros. Salvo los miembros de la familia, los demás no cuentan verdaderamente más que en fórmulas sociales vacías de contenido.

Notas Bibliográficas

¹ Fulvio Attinà: “El Sistema Político Global –Introducción a las Relaciones Internacionales–”. Editorial Paidós, Barcelona, p.253, 2001.